

La esencia de la religión

Discurso de Sant Kirpal Singh, el 26 de febrero de 1965,
3ª Conferencia del "World Fellowship of Religions"

Todas las religiones coinciden en que la vida, la luz y el amor son las tres calidades de la fuente suprema de todo lo que existe. Estos atributos esenciales de la divinidad que es una, aunque los profetas y los pueblos del mundo la nombran de manera diferente, también se encuentran dentro de cada ser con sentimientos. Es en este vasto océano de amor, luz y vida que vivimos, tenemos nuestro propio ser y nos movemos y sin embargo, por extraño que parezca, como el proverbial pez en el agua, no conocemos esta verdad y mucho menos la practicamos en nuestra vida cotidiana. Y de ahí el miedo, la impotencia y la miseria sin fin que vemos a nuestro alrededor en el mundo a pesar de todos nuestros esfuerzos laudables y sinceros para librarnos de ellos.

El amor es la única medida con la que podemos medir nuestra comprensión de los dos principios de la vida y la luz en nosotros y cuán lejos hemos llegado en el camino del autoconocimiento y el conocimiento de Dios.

Dios es amor. El alma en el hombre es una chispa de ese amor, y el amor es el vínculo entre Dios y el ser humano por un lado y el ser humano y la creación de Dios por el otro. Por lo tanto, se dice: "El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor." De manera similar, Gurú Gobind Singh dice: "En verdad os digo que aquel cuyo corazón está lleno de amor, encontrará a Dios." El amor, en pocas palabras, es el cumplimiento de la ley de la vida y la luz.

Todos los profetas, todas las religiones y todas las escrituras se basan en dos mandamientos: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente". Este es el primer y más importante mandamiento. Y el segundo es similar a éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" Al ser preguntado sobre nuestra actitud hacia nuestros enemigos, Cristo dijo: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced el bien a los que os odian, orad por los que os insultan y os persiguen para que seáis los hijos de vuestro padre en el cielo. Sed, por lo tanto, perfectos como vuestro padre en el cielo es perfecto".

Examinemos nuestro corazón con la medida del amor que es la esencia misma de Dios. ¿Es nuestra vida un florecimiento del amor de Dios? ¿Estamos listos para servirnos unos a otros con amor? ¿Mantenemos nuestros corazones abiertos a las influencias saludables que vienen del exterior? ¿Somos pacientes y tolerantes con los que difieren de nosotros? ¿Son nuestros corazones tan grandes y anchos como la creación de Dios y están listos para abrazar la totalidad de Su ser? ¿Sangramos por dentro cuando vemos a los oprimidos y deprimidos? ¿Sufrimos cuando otros sufren? ¿Rezamos por la humanidad enferma y atormentada?

Si no hacemos ninguna de estas cosas, estamos todavía muy lejos de Dios y de la religión, no importa cuán ruidosos seamos en nuestros discursos y piadosos en nuestras trivialidades y pomposos en nuestras proclamaciones. A pesar de nuestro anhelo interno de paz, hemos fallado y fracasado desesperadamente en la tarea de servir a la causa de la paz de Dios en la

tierra. Los fines y los medios están entrelazados y no es posible separarlos. No podemos lograr paz mientras intentemos alcanzarla con medios bélicos y con las armas de destrucción y extinción.

Con las semillas de odio en nuestros corazones, las barreras raciales y de color en nuestro interior, los pensamientos de dominio político y explotación económica que surgen en nuestra sangre estamos trabajando para destruir las estructuras sociales que hemos construido con tantos esfuerzos y no para la paz, a menos que sea la paz de la tumba; Pero ciertamente no por una paz viva nacida de amor y de respeto mutuo, la confianza y la cooperación para mejorar la humanidad y transformar esta tierra en un paraíso por lo que rezamos tan fervientemente y predicamos desde púlpitos y plataformas. Y a medida que continuamos de esta manera, todo eso se aleja en el lejano horizonte.

¿Dónde está entonces el remedio? ¿La enfermedad ya no puede curarse? Por supuesto que no. La vida y la luz de Dios todavía están aquí para ayudarnos y guiarnos en el desierto. Vemos este mundo salvaje a nuestro alrededor porque estamos confundidos en el corazón de nuestros corazones y no vemos las cosas en su perspectiva correcta. Este vasto mundo exterior no es más que un reflejo de nuestro pequeño mundo interior.

Las semillas de la discordia y la desarmonía en nuestra mente dan fruto dentro y alrededor de nosotros y lo hacen en abundancia. Somos lo que pensamos y vemos el mundo con las gafas de color humo que hemos elegido. Es una prueba positiva de una sola cosa: Que hasta ahora no hemos conocido la vida y la luz de Dios y mucho menos hemos realizado a Dios dentro de nosotros.

Estamos al margen del juego de la vida. Estamos jugando sólo en la circunferencia y nunca nos sumergimos en las aguas más profundas de la vida en el centro. Por eso nos encontramos constantemente en el agitado remolino de las aguas de la superficie. La vida en la circunferencia de nuestro ser no es, de hecho, diferente de la vida en el centro de nuestro ser. Los dos no son no-idénticas, sin embargo, cuando una está separada de la otra, se ven diferentes. De ahí la extraña paradoja: La vida física, aunque es una manifestación de Dios, está llena de dificultades y problemas, tormentas y estrés, disipación y perturbación.

En nuestro entusiasmo por la vida exterior en el plano de los sentidos, nos alejamos demasiado de nuestro centro, más aún, lo perdemos de vista. Y lo que es peor, cortamos los amarres de nuestra barca y no es de extrañar que nos encontremos lanzados indefensos en el mar de la vida. Sin timón y sin una brújula que guíe nuestro curso, somos presa involuntaria de vientos y aguas imprevistos y no podemos ver los bajos y bancos de arena y las rocas sumergidas en nuestro camino. En esta espantosa situación estamos a la deriva a lo largo de la corriente de la vida. ¿Adónde? No lo sabemos.

Este mundo, después de todo, no es ni puede ser tan malo como creemos. Es una manifestación del principio de vida del Creador y está sostenido por Su luz. Su amor está el fundamento de todo esto. El mundo con sus varias religiones está hecho para nosotros y debemos beneficiarnos de ellas. Uno no puede aprender a nadar en tierra firme. Todo lo que tenemos que hacer es aprender y entender correctamente las verdades básicas de la vida que se encuentran en nuestras escrituras, y practicarlas cuidadosamente bajo la guía de algún santo teocéntrico. Estas escrituras fueron creadas por profetas inspirados por Dios y

una persona intoxicada por Dios o un Hombre-Dios puede explicárnoslas correctamente armonizando las aparentes discrepancias en el pensamiento y finalmente ayudarnos interiormente en el camino de Dios.

Sin esa orientación práctica, tanto en el interior como en el exterior, estamos atrapados en el hechizo mágico de las formas y las mentes, y no podemos llegar a las verdades esotéricas o interiores que se encuentran bajo una masa de palabras de épocas pasadas y que ahora se han convertido con el paso del tiempo en formas y fórmulas rígidas e institucionalizados de la clase dirigente.

Toda religión tiene necesariamente un triple aspecto:

Primero, el aspecto tradicional que incluye los mitos y leyendas para los hermanos laicos. En segundo lugar, el aspecto filosófico que se basa en la razón para satisfacer el hambre de los intelectuales que están más interesados en el "por qué" y el "para qué" que en cualquier otra cosa. Se hace mucho hincapié en el aspecto teórico y en el desarrollo ético que es tan importante para el crecimiento espiritual. Tercero, el aspecto esotérico o el aspecto interior que es la esencia de toda religión. Está destinado a los pocos elegidos, a los verdaderos buscadores de la verdad.

Este último aspecto trata de las experiencias espirituales personales de todos los fundadores de religiones y otras almas avanzadas. Esta parte, llamada espiritualidad, es el núcleo de todas las religiones. Debe ser cuidadosamente elaborado y preservado en el santuario del corazón para poder practicarlo y experimentarlo.

Estas experiencias internas de todos los sabios y videntes han sido las mismas desde tiempos inmemoriales, independientemente de las leyes de su religión o clase social a la que pertenecían. Se preocupan principalmente de la Luz y la Vida de Dios - desde cualquier nivel que sea. Y los métodos y medios para obtener estos resultados directos son también los mismos. La experiencia religiosa, dice Plotinus, radica en el hallazgo del verdadero hogar por el alma peregrina en el exilio a quien el reino de Dios es en la actualidad sólo una provincia perdida. Del mismo modo, Henri Bergson, otro gran filósofo, nos dice: "La forma más segura de llegar a la verdad es por percepción, por intuición, razonando hasta cierto punto y luego dando un salto mortal".

Estos filósofos no han dicho nada nuevo. Acaban de repetir a su manera las verdades antiguas con respecto a Para Vidya, el conocimiento del más allá, las referencias a las que en forma breve y sucinta, encontramos en todas las Escrituras del mundo. Por ejemplo, en teología cristiana tenemos:

1. "Aprende a morir para que empieces a vivir." Y San Pablo añade significativamente: "Muero todos los días".
2. "El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida la encontrará."

El santo profeta de Arabia habla de "Mautu Kibal Ant Mautu", es decir, la muerte antes de la muerte real. Dadu y otros santos también dicen: "Aprende a morir mientras vives, porque al final, por supuesto, todos tienen que morir".

Así vemos que la vida y la luz de Dios constituyen el único terreno común en el que todas las religiones se reúnen y si nos atenemos a estos salvavidas salvadores, podemos llegar a ser centros vivos de espiritualidad, sin importar qué religión debemos nuestra lealtad por el cumplimiento de nuestras necesidades sociales y el desarrollo de nuestro bienestar moral.

Dios hizo al hombre y el hombre con el tiempo hizo las religiones como tantos medios para su elevación de acuerdo a las condiciones prevalecientes de las personas. Mientras utilizamos estas formas, nuestra primera necesidad es elevar nuestra condición moral y espiritual hasta tal punto que nos acerquemos a Dios y esto no es meramente una posibilidad, sino una certeza matemática tan segura como dos y dos son cuatro. Para esto necesitamos, desde luego, la guía y la ayuda apropiadas de alguien bien versado no sólo en la teoría sino también en la práctica de la ciencia del alma.

Esto no es solamente una cosa de filósofos o teólogos o de los grandes intelectuales. Permítanme ilustrar mi punto con dos ejemplos. Dios, según todas las escrituras, se describe como el Padre de las luces, Nooran-ala-noor, Swayam jyotishwarup, todos los cuales no son más que sinónimos. Pero si se le pregunta a cualquier autoridad religiosa sobre el verdadero sentido de estas palabras dirá que son sólo términos figurativos sin ningún significado interno. ¿Por qué? Porque no ha experimentado realmente en persona esa luz (de Dios), increada e inmortal, auto-resplandeciente y sin sombras, que Moisés, Zoroastro, Buda, Cristo, Mahoma, Nanak, Kabir y otros de su clase realmente presenciaron y realizaron, y enseñaron a los que entraron en contacto con ellos a hacer lo mismo.

Al igual que la práctica de encender las velas que simbolizan la luz interior, hay otra práctica en las iglesias y templos, la práctica de tocar la campana o campanillas y dar el "Azaan" (la llamada a la oración del muecín) que tiene un significado interior mucho más profundo de lo que se cree. Pero sorprendentemente se la toma solamente como una llamada a los fieles para la oración. Aquí se encuentra la gran diferencia entre lo aprendido y la sabiduría, que son polos opuestos, porque el sonar las campanas también es simbólico. Se refiere a la música del alma, la corriente audible de la vida, la música de las esferas, el verdadero principio de la vida que pulsa en toda la creación.

Sin quitarles más tiempo, me gustaría enfatizar una cosa: Todas las religiones son profundamente buenas, verdaderamente dignas de nuestro amor y respeto.

El objetivo de esta Conferencia no es fundar una nueva religión, dado que ya tenemos suficientes, ni evaluar las religiones existentes. Deberíamos abandonar la idea de elaborar una Única Religión Mundial, ya que todas las religiones, como tantos estados, con sus diferentes formas y colores son sólo flores olorosas en el jardín de Dios. La necesidad más urgente de la época es estudiar nuestras escrituras religiosas y recuperar nuestra herencia perdida. Un santo dice: "Cada uno tiene en su interior una perla de valor incalculable, pero dado que no sabe cómo desenterrarla, va caminando con un cuenco de mendigo".

Es un tema práctico y llamarlo religión del alma es un nombre equivocado, ya que el alma no tiene ninguna religión. Podemos, si se quiere, llamarlo la ciencia del alma, porque es verdaderamente una ciencia, más científica que todas las ciencias conocidas del mundo, capaz de dar resultados valiosos y verificables, muy precisos y definidos.

Al entrar en contacto con los principios de la luz y de la vida, las manifestaciones primordiales de Dios dentro del laboratorio del cuerpo del humano - que todas las escrituras designan como el verdadero templo de Dios - podemos obtener el pan y el agua de la vida, elevarnos a la Conciencia Cósmica y obtener la inmortalidad. Este es el principio y el fin, la esencia de todas las religiones. Arrraigados como estamos en la divinidad única, debemos representar la noble verdad de la paternidad de Dios y la hermandad de los hombres. Es la palabra viva del Dios viviente y tiene un gran potencial en ella. Se ha dicho correctamente: "El hombre no vive sólo del pan, sino de la Palabra de Dios".

Y esta palabra de Dios es una ley no escrita y un lenguaje no hablado. Aquel que, por el poder de la palabra, se encuentra a sí mismo, nunca más puede perder algo en el mundo. Aquel que una vez percibe lo humano en sí mismo, comprende a toda la humanidad. Es ese conocimiento por el que se conoce todo lo demás. Esta es una ley inmutable de la permanencia inmutable y no está diseñada por ninguna cabeza humana. Es el Sruti de los Vedas, el Naad o Udgit de los Upanishads, el Sarosha del Zend Avesta, el Espíritu Santo de los Evangelios, la palabra perdida de los masones, el Kalma del Profeta Mahoma, el Saut de los Sufis, el Shabd o Naam de las escrituras Sikh, la música de las esferas y de todas las armonías de Platón y Pitágoras, y la voz del silencio de los teósofos.

Puede ser contactado, captado y comunicado por todo buscador sincero de la verdad, para el bien no sólo de sí mismo sino de toda la humanidad, ya que actúa como una barrera de seguridad absoluta contra todos los peligros que amenazan a la humanidad en esta era atómica. El único requisito para adquirir este tesoro espiritual en la propia alma es el conocimiento de sí mismo. Por eso los sabios y videntes de todos los tiempos y en todos los climas han hecho hincapié, en palabras claras, en el auto-análisis. Su llamamiento a la humanidad siempre ha sido: "Hombre, concóctete a ti mismo"

Los pensadores arios en el pasado lo llamaron "AtmanGyan" o conocimiento del Atman o alma. Los antiguos griegos y romanos, a su vez, le dieron el nombre de "gnothi seauton" y "nosce te ipsum" respectivamente. Los sabios musulmanes lo llamaron "Khud-Shanasi", y Guru Nanak, Kabir y otros subrayaron la necesidad de "Apo Cheena" o autoanálisis, y declararon que mientras un hombre no separara su alma del cuerpo y la mente, sólo vivía una vida superficial de ilusión o engaño en el plano físico de la existencia. El verdadero conocimiento es indudablemente una acción del alma y es perfecto sin los sentidos. Esta es entonces la cumbre de todas las investigaciones realizadas por el hombre desde que el primer parpadeo de auto-despertar amaneció en él.

Esta es la verdad que aprendí en mi vida, tanto en la teoría como en la práctica, de mi Maestro, Baba Sawan Singh Ji Maharaj, y la he puesto hoy ante ustedes, como ya lo he hecho ante los pueblos de Occidente y Oriente durante mis extensas giras por todo el mundo, y según mi experiencia, la aceptan fácilmente en todas partes, ya que es la única panacea para todos los males del mundo, así como para los males de la carne que el hombre por naturaleza lleva en sí mismo debido a la ley inexorable de acción y reacción: Cosecharás lo que sembrarás.

Todas nuestras religiones son, después de todo, una expresión del impulso interior que siente el hombre de vez en cuando para encontrar una salida de la discordia externa hacia la

calma serena del alma en el interior. "La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la comprenden". Pero estamos tan constituidos por la naturaleza que nos sentimos inquietos hasta que encontramos un descanso en la causa sin causa. Si vivimos de acuerdo con nuestras escrituras y nos damos cuenta de la luz y la vida de Dios dentro de nosotros, entonces seguramente, como el día sigue a la noche, el amor reinará como supremo en el universo y no veremos nada más que la mano invisible de Dios trabajando en todas partes.

Debemos sentarnos juntos como miembros de la única gran familia del ser humano para poder entendernos. Estamos, por encima de todo lo demás, uno desde el nivel de Dios como nuestro padre, desde el nivel del hombre como Sus hijos, y del nivel de los adoradores de la misma verdad o el Poder de Dios llamado por tantos nombres.

En esta venerable asamblea de los espiritualmente despiertos, podemos aprender la gran verdad de la unidad de la vida que está vibrando en el universo. Al hacerlo, este mundo con sus múltiples formas y colores, aparecerá seguramente como una auténtica obra de arte de Dios y percibiremos el mismo impulso de vida que nos anima a todos nosotros. Como Sus propios hijos queridos, acogidos y cuidados amorosamente por Él como tantas rosas en Su lecho de rosas, reunámonos en el dulce recuerdo de Dios y oremos a Él por el bienestar del mundo en esta hora de inminente peligro de aniquilación que nos mira a la cara. Que Dios, en Su infinita misericordia, nos salve a todos, lo merezcamos o no.